

Y ahora que sientes todo
el mundo tuyo...

Ahora que sientes todo el mundo tuyo
olvidarás el barro en que empezaste.
Tu corazón atado lo dejaste
porque no estorbe tu salvaje arrullo.

Aquel que por el tiempo se ha perdido
no ha de encontrar el puerto en su sendero.
Te olvidarás, lo olvidarás primero,
pues él es tú, cansado y redimido.

Tristes palabras, numerado acento
lúgubre paz por un poco de oro.
Te cantarán en un comprado coro
para matar tu corazón sediento.

No lograrás comprar tu segundero.
Comprarás tu reloj por tener horas.
Y no lo sentirás por el ahora,
sino por el después del minuterero...

Verónica PEDEMONTE

EL NOVIO DE ELENA

(CUENTO)

LO primero que vio Angel Montesinos, por la mañana, al despertarse en la cama del hospital militar de sangre en Barcelona, situado en la Avenida de San Gervasio, en un antiguo colegio de monjas, fueron unos bellos ojos, aterciopeladamente negros, suavemente negros, untuosamente negros. La enfermera aquélla, vestida de blanco, estrecha de talle, pero maciza de cuerpo, se le acercó con la sonrisa en la boca para preguntarle:

— ¿Qué has puesto debajo de la cama que no hacen más que salir «trimotores»? La enfermera se inclinó y sacó unos pantalones.

— Ya lo ves—contestó Angel un poco avergonzado.

La chica alzó en alto la ropa del mozo y prorrumpió en una sonora carcajada, exclamando:

— ¡Pero si estos pantalones, de tanta «gente» como llevan dentro, son capaces de andar solos! ¿Ingresaste anoche en el hospital?

— Sí, a eso de las doce.

— ¿Dónde te hirieron?

— En Ulldemolins, pero cosa de poca importancia. ¿Tú eres enfermera de los rojos o de los nacionales?

— Todas las de este hospital estamos colocadas por los rojos. No era cosa de abandonar a los heridos porque viniérais vosotros Aquí hemos quedado hasta que vengan vuestras enfermeras. Dicen que las traerán pronto de Zaragoza. La voz de aquella chiquilla le sonaba a Montesinos a música celestial y se sintió ganado por ella desde el primer momento. De su ovalada cara, de su bien cortada naricilla, de su bien torneado cuerpo, sobresalían aquellos ojos intensamente negros que parecían hechos con los fulgores del día y las sedas de la noche, Angel se sintió como aherrojado en ellos.